

# KAFKA Y LA AMBIGÜEDAD DE HOY

Por Vicente MARRERO

El secreto de la obra de Kafka, como ha visto Camus, reside en su ambigüedad fundamental. Autor de aventuras inquietantes, arrastra personajes temblorosos y obstinados en problemas que no formula nunca. En «El proceso» es acusado José K... Pero no sabe de qué. Tiende, sin duda, a defenderse, pero ignora por qué. Entre tanto no deja de amar, de alimentarse o de leer su diario. Luego le juzgan, pero la sala del tribunal está muy oscura y no comprende gran cosa. Supone únicamente que le condenan, pero apenas se pregunta a qué. A veces duda también de ello y sigue viviendo.

Toda la obra de Kafka está llena de oscilaciones perpetuas entre lo natural y lo extraordinario, el individuo y lo universal, lo trágico y lo cotidiano, lo absurdo y lo lógico. Todo en ella se condensa en enumerar paradojas y en ahondar contradicciones.

No resulta nada extraño que los existencialistas, por aquellos años lindantes con el final de la guerra mundial, se entusiasmasen con su obra. Todos parecían exclamar al unísono: se trata de una imagen de la condición humana. Los grandes problemas, como ya dijo Nietzsche, están en la calle; las grandes revoluciones son siempre metafísicas... En efecto, en la obra de Kafka encontraron los virtuosos de la desesperación pasto suficiente para sus acongojados espíritus, si bien nunca han faltado voces más circunspectas al proclamar de que se trata de una obra no tan cerrada a la esperanza como a primera vista lo parece. En todo caso, la ambigüedad encontró en ella su plaza como en ninguna otra literatura contemporánea.

El mismo Kafka es un personaje bastante ambiguo. Hijo de un padre judío, poderoso y triunfador como rico comerciante del sur de Bohemia, su obra hasta ha sido vista como un intento de huida ante su padre. Joven de trato cultivado, lleno de tacto y humor, prudente y hasta preocupado por el prójimo, sus antecedentes literarios han de encontrarse en los escritores fantasmagóricos al estilo de Hoffmann, Poe o Lewis Carroll. Se atormentó con el problema de la profesión como medio de vida, llegando a trabajar en una Compañía de seguros; pero su estilo guarda al fin más afinidad con el de un palatino de la Corte habsburguesa de Viena: minucioso, cortés, dominador de la táctica del calamar, del ceremonial acompañado, ridículo, exhaustivo en razonamientos que no conducen sino a iniciaciones estériles... Asiduo lector de la Biblia, fue también amigo de volcarse al absoluto trascendente a través de transformaciones experimentadas en sus expresiones imaginarias, que tan deudor le hacen del expresionismo. Refleja el hacer cotidiano con la exactitud de un reportero gráfico, y al mismo tiempo parece enfrascarse en un himno a la noche como si fuese el último de los románticos. Autor preocupado por la trascendencia, es también autor de «La Metamorfosis», que ha sido juzgada como la obra más demoníaca de nuestro tiempo. ¿Qué sucede en este escritor cuya nostalgia es tan fuerte como su angustia y cuyo universo es a la vez fantástico y rigurosamente exacto?

No hay duda de que aun escapando la obra de Kafka a toda explicación racional, elaborada a base de anotaciones naturalistas mezcladas con audacias que se pierden en las regiones más extrañas, está hecha, a pesar de su sentido esotérico y parabólico, a base de objetividad y de realidad. Poesía la suya, si se quiere, de fantástica paradoja, pero que refleja en un lenguaje literario original lo que el autor considera la realidad de la vida. El lector, como reconoce Gide en su «Diario», se sentirá a menudo inclinado a abandonar su lectura; pero a menudo también se sentirá retratado al vivo. Pocos autores como Kafka han conseguido que lo fantástico sea para el hombre contemporá-

neo una manera entre otras de reencontrar su propia imagen.

¿Cuál es el secreto de esta imagen? ¿En dónde reside su capacidad de captación? En la obra de Kafka resulta superflua la importancia que concede a su padre o a su madre, al lado de la que, en definitiva, otorga a otros temas más trascendentes. En medio del desamparo del hombre de hoy, nadando en la ambigüedad más anonadora, Kafka, sin olvidar el rostro humano ni las exigencias de la trascendencia—si bien no sigue ningún mandato expreso de lo alto—ensaya construir un nuevo sentido a la absoluta responsabilidad del hombre.

Sin ser un nihilista ni un destructor de antiguos veneros religiosos, sorteando caminos quiere evitar el vacío de los espíritus así como a aquellas regiones pobladas de demonios, para quedarse en un moralista, en un moderno pensador europeo tan ambiguo como su obra.

¿Luchan en vano los héroes de Kafka por

su salud espiritual? ¿Se trata, como creen algunos, de una trascendencia negativa? En todo caso, en la obra de Kafka se siente reflejado el hombre de hoy. Ella pone de relieve, por contraste, el carácter insólito del mundo en que viven muchos de nuestros contemporáneos. Un mundo que tiene mucho de caótico, víctima, en no escasa medida, de la misma cultura de la simultaneidad. Un mundo en el que vive el hombre de masas, que se siente dominado, aplastado casi, pero que no renuncia a sus ansias de liberarse de la esclavitud, de la dependencia asfixiante. Un mundo que en Kafka se halla penetrado por la más densa ambigüedad, de tal modo que a veces en su obra no acertamos a distinguir su idea religiosa de la ley de lo que no es más que una mera urdimbre de disposiciones burocráticas. Sus obras tan capitales «El proceso» y «El castillo», han de leerse como si la una guardase la llave de la otra, afirmando su amigo más próximo y albañal literario, Max Breid, que se trata en

su conjunto de una verdadera simbología de lo que los teólogos llaman la gracia, la gracia en acción, aunque la divinidad se manifieste en Kafka de modo cabalístico, representando tanto al juicio como a la gracia. Representándola, digamos, ambiguamente, ya que todo se refleja en la obra de Kafka como en un espejo enturbiado, en el que se siente la huella ancestral de la culpa y el presentimiento próximo de un porvenir que se nos va a presentar con rostro de juez...

Pero no espere el lector respuesta alguna de Kafka. Angustia, nostalgia, aunque también sentimiento de la trascendencia. Sostiene Sartre que si Kafka nos muestra la vida humana perpetuamente enturbiada por una trascendencia imposible es que él cree en la existencia de esa trascendencia. Camus va más allá. Afirma que la obra de Kafka es universal porque tiene una inspiración religiosa y que si niega a su dios la grandeza moral, la evidencia, la bondad, la coherencia, (Continúa en la pág. siguiente.)

## ADIVINACION, ALUCINACION

Por Emiliano AGUADO

El Destino obligó a aquel niño que había nacido en Praga en 1883 a que fuese creciendo hacia adentro hasta su muerte. Y en el colegio, en el gimnasio y en la Universidad, mientras aprendía algunas cosas que iban a servirle solamente como instrumento de expresión de su alma, se iba alejando de los intereses de sus compañeros, de sus preocupaciones y de eso que se llama conocimiento del mundo, por llamarle de alguna manera. Ni tuvo ganas de estudiar nada a fondo ni de colocarse como los demás. Le bastó, para llenar su tiempo y colmar su angustia, con el empleo en una Empresa de Seguros. No llegó nunca al matrimonio, ni siquiera a uno de esos amores de que gozan sin esforzarse mucho casi todos los hombres y casi todas las mujeres. Se llamaba Franz Kafka, y cuando murió, hace ahora cuarenta años, apenas si nadie conocía su nombre. Tampoco él estimaba en mucho sus escritos. Fue como si desde la infancia hubiera presentado las palabras que Goethe pronunció en su ancianidad: «Lo mismo da hacer pucheros que cacerolas; lo importante en la vida es ir viviendo.»

No tiene mucho de extraño el que Kafka no conociese el mundo, del que solía defenderse con su humor, la defensa, sin duda, más fría y más eficaz contra el mundo; lo que extraña ahora es que nuestro mundo sea kafkiano por todas partes. Pocos creo yo que son los que han leído a Kafka; pero lo que nos ha dejado en sus libros flota en el aire que todos respiramos y se nos cuela en la sangre sin que nos demos cuenta de ello ni seamos capaces de evitarlo. Lo de menos son las palabras, que son ruido y cáscara; lo que hoy nos sirve para ver el mundo fue inventado o revelado o iluminado por un hombre que no lo conoció. Parece algunas veces que para decir cosas realmente profundas hubiera que adivinarlas. Franz Kafka adivinó esta época en que vivimos y este cariz incierto e inquietante que tienen las cosas que nos rodean. No sabríamos decir cómo es esto posible; pero la verdad es que ello es así.

Cuando alguien se adentra por vez primera en sus obras encuentra un aire difícil de respirar; parece que todo se ha puesto del revés y que los nombres que solíamos dar a las cosas vagan, flotando, sin acomodarse a ellas. La primera amis-

tad con los libros de Kafka se parece mucho a una pesadilla, que nos desazona, nos desconcierta y nos enerva. Luego, a medida que vamos habituándonos a la penumbra, las cosas y los hombres se perfilan y nos parecen los de siempre. No hay en este mundo de pesadilla y de penumbra fantasmas ni oraciones caprichosas; por el contrario, todo va haciéndose real, concreto, claro, a su manera. El intrínseco está en esas maneras, quizá infinitas, en que lo real se nos revela como real. Tanto en las narraciones breves como en las novelas largas, Kafka nos invita a asistir a un mundo real, realísimo. Tiene los contornos que necesitan los sentidos para aprehenderlo; pero, sobre todo, tiene una verdad que no está en los hechos descritos, sino en nuestros penetrales más oscuros. Y de ahí el que los pocos lectores de Kafka se aficionen más y más a sus obras, a pesar de que carecen de peripecia, de eso que se llama movimiento, y de que las imágenes, que hoy son casi el único sustento del alma humana, se convierten en lo que verdaderamente son, en imágenes, tras de las que es menester buscar su realidad.

Por eso es más que difícil el decir si las obras de Kafka están más cerca del cuento o de la novela que del poema. Tampoco es demasiado urgente el que se diga. ¡Qué más da! Los hombres hacen lo que hacen los hombres todos los días, sus sentimientos, sobre poco más o menos, también son los mismos, y, sin embargo, cualquiera se siente inclinado a conceder que está viviendo unos instantes de alucinación. Pero, aparte de que la alucinación es un camino para descubrir muchos rincones estupendos del universo y del corazón humano, ¿quién no nos asegura que el modo que tenemos de verlos en nuestros quehaceres no es pura somnolencia? Al encontrarnos de pronto con el temple de ánimo de Kafka nos parece tan natural, tan claro y tan convincente como los otros temples de ánimo. Ha sido preciso que un hombre volviera las espaldas al mundo de la gente para que le revelase una manera esencial de ser contemplado. Y esa manera pertenece ya no sólo a la historia de la lite-

ratura y a la del pensamiento, sino a la historia del espíritu humano. Y bien sabido es que esta historia no es preciso escribirla en ningún libro para que la vayan refiriendo los hombres y los niños en los campos y en las ciudades ateridas de ruido y de prisas.

Como lo que se pone en juego en las obras de Kafka son la revelación de un modo de ser del mundo y de una condición inaprehensible del ser humano, faltan en sus páginas esos sentimientos volanderos que endulzan las páginas de otros autores y esas preocupaciones fugitivas que nacen hoy y se desvanecen al cabo de poco tiempo. La tristeza, la profunda tristeza que rezuman los escritos de Franz Kafka, no nace de esto ni de aquello, sino de que las cosas sean como son y de que nosotros seamos como somos. No hay normas verdaderas que sujeten este mundo: ni normas que lo sujeten ni escapatoria que nos pueda librar de él. Las aspiraciones carecen de sentido, como la maldad. Mucho antes de que Heidegger lanzara su tremenda intuición del desamparo del hombre, la había tenido Kafka; menos clara, sin duda, pero más libre de las trabas del pensamiento, que reducen la realidad y la contrahacen para que podamos entenderla.

No es preciso advertir que son muchísimos los escritores que imitan a Kafka en todas las lenguas. No es cosa de capricho ni afán de originalidad lo que les mueve: es que al abrir los ojos todas las mañanas se encuentran con el mundo de Kafka, que les llevan los periódicos; las prisas de los que viven presos de la sensualidad; el aire, que presagia sucesos inimaginables, y la inanidad del pensamiento, que llena libros y libros de vacío. Hace un siglo ni hubiera sido posible una obra como la de Kafka ni, de haberla escrito alguien, se hubiera entendido de verdad. Quizá vuelva a convertirse en esfinge dentro de unos decenios. Pero lo que sobrecoge es que el torbellino que somos ahora y el que nos arrebata desde fuera hayan buscado a un hombre que creció hacia adentro para revelarse y que nos lo revelara a todos nosotros. Claro es que lo asombroso, lo que no se deja apresar por el pensamiento, es siempre lo más diáfano. Y lo que con menos fuerza nos posee. ¿Qué hubiese dicho Franz Kafka si alguien le hubiera pedido que explicara su obra?

EL TEMA DE LA SEMANA: FRANZ KAFKA

UN CINE ALUCINANTE EN LA OBRA DE KAFKA

Por Luis GOMEZ MESA

El descubrimiento, la celebridad de Franz Kafka se efectúan años después de su muerte. Acontecimiento literario, de repercusiones internacionales, reciente. De haberse producido en la Europa de los "ismos"—en las letras, en las artes, en el cine—, figuraría su nombre entre los autores de esa época? Seguramente. Y Jean Epstein, por ejemplo, habría elegido cualqu coastal de sus relatos—"El castillo". "El proceso", "La metamorfosis"—para sus audaces hallazgos de genuina expresividad filmica; y no a Edgar Allan Poe, inspirador, con los cuentos terroríficos de la película "El hundimiento de la casa Usher". O Germaine Dulac, citado otro ejemplo. Y no Marcel L'Herbier, muy distinto en renovaciones técnicas cinematográficas y gustos.

Franz Kafka, que vivió de 1883 a 1924, protagonista de una pesadilla repetida hasta la obsesión, reflejó en toda su obra confusa, envuelta en penumbras, un ansia de luminosidad, pero no en temas sobrenaturales, de ultratumba, como Poe, sino modernos, de estos tiempos, como el engranaje burocrático—cada vez más embrollado—que termina con la individualidad y lo muy indefenso que está el hombre ante muy tenaz persecución, imposible de explicar. Señalado ya perspicazmente por algunos críticos, los personajes principales de sus novelas son él mismo, y lo prueba que los apellidos empiezan con K.

Contiene la obra de Kafka un cine alucinante. No de espanto, de miedo a la manera de las intrigas policíacas, ni de "suspense". Es ciertamente profundo. Surge, trasciende del espíritu. Carácter retraído, huraño y atacado por la tuberculosis, que sabe que le matará, crea su mundo de sueños en neblinas y unos pocos resplandores, con unos tipos deshumanizados a fuerza de querer simbolizar pasiones, deseos, más frustrados que cumplidos. Su inspiración está en la neurosis, que padeció, según prestigiosos especialistas, pero es un asunto que no nos incumbe, que dejamos a esos expertos.

Orson Welles, de existencia triunfal—opuesta a la de Kafka—tenía, sin embargo, que ser el primer plasmador en el cine de ese mundo alucinante. Ni de espectros, ni de mecanización. Aunque sí de fantasmas y de máquinas, de poderosísimas organizaciones que se imponen a la sociedad. Y no es lo mismo. Cuestión—muy importante—de matices.

¿No es "El ciudadano Kane", no obstante sus diferencias, bien estudiadas, una película de Orson Welles con influencia de Kafka? Como lo es "Mr. Arkadin", ésta muchísimo más.

Se comprende su júbilo cuando leyó "El proceso". ¿Haría una película de pesadilla? Y con lo que es peculiar de estos tiempos: el sentirse acosado—acusado, pero no se aporta pruebas—, se sea inocente o culpable, por los que dicen servir a la justicia, el exceso de papeleo, el afán de complicación, una constante actitud de miedo, que no es cobardía, sino convencimiento de enorme inferioridad en una lucha de derrota segura...

La técnica cinematográfica, en sus cualidades definidoras de sombras y luces, de oscuridad y nitideces, es utilizada por Orson Welles en "El proceso" de acuerdo—¿y por qué no en armonía, ya que ésta existe en todo trabajo creador, incluso en los aparentemente de más difícil entendimiento?—con el texto de Kafka. Y como pasa con las obras de éste, en las películas que dirige y que interpreta Welles—las ya citadas y "Otelo" y "La sed del mal"—en ésta el protagonista es también él, en el papel de abogado, y no Anthony Perkins.

Antes que Welles hiciera "El proceso" se difundió la noticia de que Hollywood realizaría "América", sin concretarse nombres de directores. ¿John Huston? ¿Elia Kazan? Ese cine es el menos indicado para plasmar

una novela de Kafka, ni siquiera esa, pese a su tema. Es una labor exclusivamente europea.

De "La metamorfosis" se han efectuado varias versiones, de indole experimental. Cine en España por el pintor Miguel Herrero, como ejercicio de alumno de dirección en el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas—con Escuela Oficial de Cinematografía—, con Enrique Torán como operador y con Miguel Angel Saravia y Javier Loyola en los papeles principales. Interesante ensayo de presentar filmicamente la visión que se ofrece a Gregorio Samsa, viajante de comercio, protagonista del relato, al transformarse en araña.

Hay un medimetroje checoslovaco titulado "El proceso de Franz Kafka", que es su biografía, con realce de su etapa de residencia en Praga, conseguido con documentos, como manuscritos y fotografías, salvados por sus amigos y compañeros. En actual fase renovadora los dibujos animados, se han logrado versiones estremecedoras de novelas intensas, que se suponían inadecuadas para el género, como "La piel de zapa", de Honorato de Balzac. Una productora de Praga anuncia la plasmación de "El castillo", esa modalidad tan propia por sus ilimitaciones técnicas y artísticas para desarrollar una labor de esa calidad.

Acontecimiento literario, el descubrimiento de la obra de Franz Kafka, no sólo no se agotó su temática para un cine alucinante en la película de Orson Welles "El proceso", sino que tiene que ser el comienzo de otras, impulsadas por fervorosa y firme actitud de superación.

EL PROFETISMO DE KAFKA

Por Paulino POSADA

Del fondo de los siglos le viene a Kafka ese sentido y ese tono proféticos que sueñan en algunas de sus páginas más kafkianas. Ese ver anticipadamente en el cerrado futuro visiones de pesadilla lo lleva en la vieja sangre israelita el autor de "El castillo". Lo apocalíptico le inspira narraciones tan lúcidas como "La muralla china" y "El escudo de la ciudad", entre otras, en las que parece estar prefigurado—y de hecho lo está, en gran parte ya—el destino de una humanidad confundida, ciega y anhelante de quimeras.

En la obsesiva construcción de la muralla china se retrata con increíble visionarismo la China de Mao-Tse-Tung. Todo se encuentra ya en este breve relato vaticinador: los gigantescos planes industriales, la movilización en masa, las comunas, la alta e inaccesible Dirección, las consignas de "unidad, unidad", el férreo espíritu totalitario de mando indiscutible y obediencia ciega—"Trata de comprender con todas tus fuerzas las órdenes de la Dirección, pero sólo hasta cierto punto; luego, deja de meditar"—, el adoctrinamiento político masivo... y todo lo demás que ya conocemos. La parábola del río parece haber sido escrita por un poeta del partido. Esas palabras que ahora nos suenan a repetidas se escribieron antes de la consolidación de la revolución de 1917. Kafka no conoció la burocratización monolítica estaliniana y la de sus aventajados discípulos de Pekín, pero la previó.

Donde su extraña prosa alcanza acentos apocalípticos es en "El escudo de la ciudad", que no es un cuento, ni siquiera una viñeta literaria. Si se pareciera a algo sería a una

jábula de un Fedro moderno, sin animales ni casi sin moraleja. Kafka traza al modo de la sencillez bíblica la imagen del siglo XX y de una humanidad enfebrecida de proyectos y presa de oscuros terrores catastróficos. Toda civilización es un intento de construir una torre que llegue al cielo; para unos, el cielo de las delicias materiales; para otros, un cielo de ultratumba. Y en algunos momentos de confusión, un no sé sabe bien qué cielo.

La historia—íbamos a decir la jábula—de las civilizaciones es la lucha por imponer distintos órdenes en la construcción de la torre de Babel. Los hombres se atormentan, matan y destruyen por imponer un determinado orden mejor que el orden del vecino, quien, generalmente, está equivocado. El desarrollo de los acontecimientos es bien sencillo.

Un quiebro para volver a lo mismo, por nuestra parte. Kafka, que vivió la adolescencia de nuestro siglo—murió en 1924—, advinó, sin embargo, su madurez y su vejez. «En estos tiempos—escribe en las primeras líneas de "El escudo de la ciudad"—la opinión general era que no se podía construir con demasiada lentitud; un poco más, y hubieran desistido de todo, hasta de echar los cimientos.» La prisa, tan peculiar de nuestro tiempo. Y con ella, el dirigismo, la gran planificación: «Se pensó demasiado en guías, intérpretes, alojamientos para obreros y vías de comunicación, como si se dispusiera de siglos.» Kafka aquí juega, no sabemos si con retorcido maquinavelismo literario, con la línea argumental de su apólogo que tiene o hace ver que tiene un doble y hasta triple sentido oculto que oscurece lo que en principio parece de una claridad meridiana. Se contradice, seguramente a propósito, pero dando la impresión de que pierde aturdidamente el hilo intencional. Si se piensa que se dispone de siglos, ¿para qué la prisa, una prisa que prescinde de cimientos? Por el contrario, las razones paradojales llevan al convencimiento de que un ideal tan suplime empujará siempre a las generaciones, de modo que no hay que apresurarse. «Al contrario: el saber de los hombres adelanta, la arquitectura ha progresado y seguirá progresando; de aquí a cien años el trabajo para el que precisamos un año se hará tal vez en pocos meses.» (Se ve crecen como hongos los rascacielos), «y más resistente, mejor». No hay razón para agotarse «ahora». El esfuerzo estaría justificado si «la torre quedara terminada en el espacio de una generación» Esperanza imposible. «Lo verosímil era que la nueva generación, con sus conocimientos superiores condenara el trabajo de la generación anterior y demoliera todo lo adelantado para recomenzar.» Kafka nos hace ver que la torre no se terminará de ningún modo. Paradoja, contradicción, absurdo: por excesiva confianza en las generaciones futuras o por descorazonadora desconfianza, la generación presente se aparta de la utópica empresa. Pero el trabajo no se interrumpirá a pesar de la «insensatez» del empeño. Los hombres «estaban ya demasiado comprometidos para abandonar los trabajos y la ciudad».

La torre que llegará hasta el cielo no se terminará. No se interrumpirá, sin embargo, el trabajo que cuesta sangre y hace sudar. La profecía sombría mantiene en el aire una amenaza definitiva y última. Kafka la describe con sencillez magistral, insuperable: «En todas las leyendas y cantos de esa ciudad está el anhelo de un día vaticinado en que cinco golpes sucesivos de un puño gigantesco aniquilará la ciudad. Por esta razón está el puño en el escudo de armas.»

Para acabar: ¿Recapacitará algún día la confundida humanidad o se cumplirán los lúgubres vaticinios del alucinado visionario de catástrofes que se llamó Franz Kafka? ¿Descargará el puño los cinco golpes sobre la ciudad de los hombres?



KAFKA Y LA AMBIGÜEDAD DE HOY

(Continuación de la pág. anterior)

es para arrojarle mejor en sus brazos. Las palabras de Camus, a propósito de Kafka, merecen reproducirse como colofón de este artículo:

«Lo absurdo es reconocido, aceptado, el hombre se resigna a él y desde ese instante sabemos que no es ya lo absurdo. En los límites de la condición humana ¿qué esperanza mejor que la que permite evitar esa condición? Veo una vez más que el pensamiento existencial a este respecto, contra la opinión corriente, está lleno de una esperanza desmesurada, la misma que, como el cristianismo primitivo y el anuncio de su buena nueva, levantó al mundo antiguo. Pero en

ese salto que caracteriza a todo el pensamiento existencial, en esa obstinación, en esa agrimensura de una divinidad sin superficie, ¿cómo no ver la señal de una lucidez que se niega? Se quiere solamente que se trate de un orgullo que abdica para salvarse. Ese renunciamiento sería fecundo. Pero lo uno nada tiene que ver con lo otro.»

Así pensaba Camus, y posiblemente en su ambigüedad algo muy parecido pensaba también Kafka. Pero en el valor moral de la lucidez hay relaciones que los ojos de los artistas y de los filósofos, pese a su genio, no ven en la verdad viviente, lúcida y fecunda de muchos sencillos de corazón. No todo en los grandes nombres supone grandeza.

Vicente MARRERO